

# LIBERTAD

Hay quien sostiene muy seriamente que el hombre es por naturaleza tirano. Afirmación menos ajustada a la realidad de los hechos históricos no la oí en mi vida, sólo perdonable en quienes desconfiando el hombre y su historia se empeñan uno y otro día vanamente en achacar a la pícara Naturaleza, comodín obligado de la impotencia moral y de la pereza intelectual, males sociales que sólo son hijos de lo imperfecto de las instituciones que un puñado de hombres han impuesto en todas las épocas a la ignorancia de las multitudes o de los pueblos.

No me extraña, porque siempre hubo inteligencias forjadas al calor de todos los dogmas y sabidurías majestuosas, que son los que sostienen las majaderías y los errores de que se alimentan la casi totalidad de las gentes.

[Tirano por naturaleza el hombre] Afirmación semejante sólo puede justificarse realmente a un cerebro pre-estipulado por educación a la tiranía, jamás al cerebro equilibrado por el estudio del hombre y la historia de la marcha progresiva de los pueblos aprendida fuera de las aulas universitarias, foco de donde emanan, por regla general, todos los embustes seculares.

[Tirano por naturaleza el hombre] ¿Dónde habrá aprendido la filosofía de la historia quien tal afirma? ¿En la historia oficial de los actos de los reyes, magnates y gobernios? ¿En aquella historia en que los tales actos lo son todo y nada las aspiraciones y los sentimientos de las multitudes? Sólo así se comprende que se achacuen a todo el género humano defectos y maldades que sólo patrimonio son de los individuos... cuando ejercen poder y mando, absoluto o limitado, sobre las multitudes.

[Tirano por naturaleza el hombre] Está muy pronto dicha y nada demuestra esta afirmación, cuando se la funda solamente en el hecho de que los individuos que basanaban de librerías han ejecutado actos de tiranía una vez constituidos en gobierno, y en el otro hecho de que los individuos los ejercen también en el hogar.

Esto sólo debe enseñarnos que el principio de autoridad, que ha sido el regulador de todas las instituciones políticas y religiosas, es y será despótico y tirano, convirtió y convertirá en tiranos a los individuos que lo representen en cualquier momento y lugar dados, tanto en la vida pública como en la privada del hogar, reflejo de aquella. Ante todo conviene siempre no confundir el hombre-pueblo con el hombre-autoridad para no exponerse a caer en generalizaciones un tanto atrevidas.

Es el medio el único corruptor de los hombres; pero los hombres han reaccionado constantemente el medio—autoridad y su influencia en la educación de los pueblos—, y de este medio corruptor han ido limando más cada día sus impurezas, buena prueba es de ello que el progreso en sus modalidades existe, y que media una distancia enorme entre el poder absoluto de un autócrata sobre todos sus súbditos y el poder del gobierno en República federal limitada por buen número de garantías individuales que no gozan los súbditos de aquél, como media también distancia enorme entre el derecho de vida o muerte que el jefe de familia tenía en la antigüedad sobre los suyos, hoy defendidos por las mismas leyes, que en algunos países castigan en el padre hasta un simple manotazo dado a sus pequeños.

Y este progreso, esta mayor suma de libertad colectiva e individual, debería enseñar a los que poco profundizan que aun dentro del mismo principio de autoridad, la libertad, principio de libertad, evoluciona en su desdoblamiento y robustece más cada día, en detrimento y decrecimiento del principio de autoridad corruptora de los Cronwell, de los Robespierre, de los Gladstone, de los Rudini y de los Rochefort habidos o por haber. Y esto ¿por qué? Porque es ley natural que el hombre, colectiva e individualmente, evolucione desde la menos libertad hacia la mayor libertad posible. Así como en física es una verdad incontrovertible que el frío no existe y que sólo hay una mayor cantidad de calor, lo mismo puede decirse del absolutismo. Hay individuos que evolucionan más o menos libres. Desde el autócrata que sólo quiere la libertad para todos, como autócrata que la quiere para todos, como autócrata de la igualdad económica, hay una variedad de gradaciones representadas por otras tantas fórmulas autoritarias como se han disputado la dirección política de los pueblos. Y he aquí por qué peligra contentamente la libertad como fin político; porque los hombres no han sabido comprender aún que libertad y autoridad son antagonicas, y que la mayor suma de libertad ha de hallarse en la ausencia del principio de autoridad.

No; el hombre no es por naturaleza tirano. El hombre por naturaleza es libre, y buena prueba es también de ello, si no bastase lo antedicho, esta eterna aspiración de los pueblos hacia la ma-

josé PRAT

## Justicia distributiva

Durán, tendero de comestibles, comparece ante el Tribunal de Justicia por haber despachado generos alimenticios adulterados.

**Presidente.**—Durán. El Laboratorio ha comprobado que vuestro chocolate es un compuesto al que sobra tanto óxido de mercurio y tierra roja como le falta sacarosa.

**Durán.**—Sí, señor presidente.

**Presidente.**—Vuestro café está fabricado con hígado de caballo asado al horno, polvo de madera de caoba y caramelo; vuestras lentejas las conserváis con sulfato de cobre; vuestra manteca no es más que grasa coloreada con plomo; y en cuanto a la cerveza, es una mezcla de belladona, cabezas de adormidera, datura de estramonio y ácido pídico. ¿Es exacto todo eso?

**Durán.**—Exacto.

**Presidente.**—Ignoráis que esos venenos son, en su mayor parte, por extremo violentos?

**Durán.**—[Diabli] ¡Ya lo creo! La cerveza sobre todo. Yo no bebería ni un vaso de la que vendó por todo el oro del mundo.

**Presidente.**—¿De modo que habéis obrado con premeditación y conocimiento de causa? [Durán se retuerce el bigote socarronamente]. ¿Qué tenéis que alegar en defensa vuestra?

**Durán** (con arrogancia).—Tengo que decir que el comercio es la teta alimenticia de una nación, y que nadie tiene derecho a poner trabas a los negocios, que ya van demasiado mal.

A pesar de esta elocuente defensa, el Tribunal, usando de su severidad acostumbrada, condena a Durán a cincuenta pesetas de multa y los gastos del juicio.

El Tribunal de Justicia procede seguidamente al interrogatorio de un malhechor acusado de envenenamiento.

**Presidente.**—¿Entonces confesáis haber disuelto una caja de cerillas en la comida de vuestra suegra?

**Acusado.**—Medía caja nada más.

**Presidente.**—¿Seal Gracias a un concurso de circunstancias, que yo calificaría de providenciales, vuestra infornada víctima ha escapado a la muerte; pero la intención criminal y la premeditación estaban manifiestas. ¿Tenéis algo que alegar?

**Acusado.**—Únicamente que estoy dispuesto a pagar la natación.

**Presidente.**—¿Qué patente?

**Acusado.**—Una patente de tendero de comestibles; vinatero, pescadero... cualquiera; no tengo preferencia por ninguna. (El presidente mueve la cabeza). De ese modo se me castigará con cincuenta pesetas de multa y los gastos del juicio.

**Presidente.**—Acusado, no agravéis vuestra situación con bromas de mal gusto.

El Tribunal, estimando los buenos antecedentes del acusado, le condena nada más que a veinte años de trabajos forzados.

**Acusado** (filosofando en su prisión). Tratad de envenenar a una sola persona, y se os condenará a veinte años... Envenenad mil y se os multará en cincuenta pesetas... Diez mil y se os condecorará... ¡Para tener éxito en este bajo mundo, es preciso hacer las cosas en grande!

MIGUEL THIVARS (Del «Almanaque Hispano-Americano».)

## NOTAS AL MARGEN

**No habrá conflicto**

El clero rural está de enhorabuena; sin llegar a la huelga, como nosotros profetizamos hace algunas semanas, y sin apelar a estridencias, tan sólo propias de escamoteados, estos obreros de la sotana, estos modestos padres de almas, y tal vez de algún que otro cuerpo, serán dentro de poco acrecentar su pueblo, o como se dice en la jerga social, obtendrán aumento de jornal, gracias a los buenos defensores con que cuentan en las esferas gubernamentales. No deja de ser para el pueblo que unos hombres tan familiarizados con la Corte celestial, fien la defensa de unas pesetas a unas Cortes que nada tienen de celestes; lo natural y lógico habría sido que los necesitados *paters*, esperaran, como nuevos israelitas, que el magnánimo Jehová dejara caer sobre las casas parroquiales, aquel nutritivo maná de los tiempos bíblicos.

Pero pedirle lógica al clero, es como pedir peras al olmo; llenas andan las publicaciones católicas, de milagros atribuidos a los pupilos celestes; son a millares las oraciones, gozos y jaculatorias que tienen el poder, si se rezan y cantan con o sin acompañamiento de guitarra, o con o sin acompañamiento de problemas y alianzas, los más insuperables dificultades; pero *proletarios* del hisopo, pregoneros de las virtudes

millagrosas de esos cantos y esos rezos, sentados plaza de herético y descreído, han consentido que unos mortales pecadores, llamados diputados y senadores, resolvieran una cuestión que pudo resolverse por medio de novenas y trisagios.

O herrar o quitar el banco, señores tnsurados. Si la fiariedad lo puede todo, no debéis fiar ese asunto de los garbanos a miserables pecadores; y si la divinidad es impotente hasta para con sus más fervorosos creyentes, dedicados a la licencia o a la cesantía, o como queráis llamar al acto de mandar a la divinidad a escardar cebollinos.

Hágase el milagro, aun que lo haga el diablo, habrán dicho para sus adentros los venerables pastores; y el diablo en esta ocasión ha estado representado en el Parlamento, por unos cuantos diputados de los que huelen a incienso y cera; y en el Senado, por el arzobispo de Tarragona que es uno de los diablos más milagrosos que se conocen. Gracias a su potencialidad taumaturgíca, los curas rurales no habrán de esperar el maná divino, ni alterarán la seriedad de los sagrados oficios con bostezos producidos por el hambre. Esa mil picardías que como suerdo mínimo cobrará los partiquines de la farándula clerical, caerán como lluvia en campo agostado en la viña del Señor, reverdecido por los pámpanos secos y dando nueva savia a los troncos moribundos; y este maravilloso prodigio, lo habrán realizado hombres; unos hombres paradójicos que fien de la virgen, y corren como galgos cuando peligra el cocido.

No obstante, de esa lluvia de pesetas que caerá sobre las poblaciones rurales, no tocará ni una sola gota a los heraldos de la niñez y de la miseria española; a los pobres maestros de escuela; a esos desgraciados que, a fuerza de enseñar a los otros, aprenden a no comer; una de las asignaturas impuestas por el Estado a los que se dedican a desanar a la juventud; pero los maestros no tienen divindades a quien invocar ni representantes del diablo al sueldo; antes al contrario, el propio don Antolín, defensor del cocido de los curas, dijo en el Senado, que la asignación de un céntimo rural debe ser mayor que la de un maestro, porque éste dispone de otros elementos extraordinarios; y aun añadió dicho señor que en otra ocasión pidió limosna para los veterinarios como hoy la ha pedido para los *paters*; otro día—dijo don Antolín—, la pedirémos para los maestros; por las trazas, tienen más importancia para el arzobispo de Tarragona la cura de animales y la salvación de almas, que la enseñanza elemental.

¡Paciencia, pues, simpáticos maestros! Seguid bostezando y enseñando... los codos o algo más feo; día vendrá en que don Antolín pida limosna para vosotros; mientras tanto, pedidla por vuestra cuenta y de puera en puerta, ya que el Estado os obliga a ello; y si os repugna esto, haceos curas o bandidos; son las únicas profesiones que dan con qué comer; no maldigáis a los que os postergan por proteger al clero. También deberíamos maldicirnos nosotros y no lo hacemos. Ese aumento de sueldo concedido a los curas rurales, nos ha privado de un espectáculo nuevo; de una huelga mística, con todo el aparato que estos actos requieren; ¿no hay conflicto como creímos? Pues nos retiramos por el foro y esperaremos tranquilamente que un día u otro se tire a la calle el proletariado del hisopo; y llegará este día ¡vaya si llegará! No siempre van a tener los curas quien defiendan sus intereses en el Congreso y en el Senado.

**JUANONUS**

Por la persecución de que ha sido objeto el compañero Herrerros, yo publicamos en este número los donativos, suscripción de presos, ni la correspondencia recibida desde el sábado.

Por idénticas circunstancias el presente número tendrá algunas deficiencias que nuestros compañeros sabrán tener en cuenta.

## EL LENGUAJE DE LOS HUMANOS

«Porque todo lo puede el amor»

Nos dice la leyenda bíblica que la burra de Balaam habló el lenguaje de los humanos.

En la presente época entendemos que serán pocos los que sinceramente crean en tal absurdo, pues dicho lenguaje, para todo animal Irrracional, psíquica y fisiológicamente, es de todo punto imposible.

Lo que sí entendemos, que en los tiempos contemporáneos al radiograma y al aeroplano, hay humanos que se expresan peor que la burra de cualquier baturo y que la de Balaam. Aunque a decir verdad, pocos son los que hablan el lenguaje de los humanos, la mayoría de los hablantes condeñados caen sobre los pavimentos, esos

aires, impregnados con los derechos de ciudadanía, nos inspirarán para sacar a la vindicta pública las felonías de las prisiones: el imperio de las rondas de cabos, con sus tercos y sanguinarios procedimientos; las incontables acciones ruines y canalescas, convirtiéndose las prisiones en mazmorras del Santo Oficio, pues si el polo y las cuñas fueran naban en ellas, en éstas se enseñorean con sus creencias, leyes y lenguaje, sean las únicas profesadas, observadas o como queráis llamar al acto de mandar a la divinidad a escardar cebollinos.

Hágase el milagro, aun que lo haga el diablo, habrán dicho para sus adentros los venerables pastores; y el diablo en esta ocasión ha estado representado en el Parlamento, por unos cuantos diputados de los que huelen a incienso y cera; y en el Senado, por el arzobispo de Tarragona que es uno de los diablos más milagrosos que se conocen. Gracias a su potencialidad taumaturgíca, los curas rurales no habrán de esperar el maná divino, ni alterarán la seriedad de los sagrados oficios con bostezos producidos por el hambre. Esa mil picardías que como suerdo mínimo cobrará los partiquines de la farándula clerical, caerán como lluvia en campo agostado en la viña del Señor, reverdecido por los pámpanos secos y dando nueva savia a los troncos moribundos; y este maravilloso prodigio, lo habrán realizado hombres; unos hombres paradójicos que fien de la virgen, y corren como galgos cuando peligra el cocido.

No obstante, de esa lluvia de pesetas que caerá sobre las poblaciones rurales, no tocará ni una sola gota a los heraldos de la niñez y de la miseria española; a los pobres maestros de escuela; a esos desgraciados que, a fuerza de enseñar a los otros, aprenden a no comer; una de las asignaturas impuestas por el Estado a los que se dedican a desanar a la juventud; pero los maestros no tienen divindades a quien invocar ni representantes del diablo al sueldo; antes al contrario, el propio don Antolín, defensor del cocido de los curas, dijo en el Senado, que la asignación de un céntimo rural debe ser mayor que la de un maestro, porque éste dispone de otros elementos extraordinarios; y aun añadió dicho señor que en otra ocasión pidió limosna para los veterinarios como hoy la ha pedido para los *paters*; otro día—dijo don Antolín—, la pedirémos para los maestros; por las trazas, tienen más importancia para el arzobispo de Tarragona la cura de animales y la salvación de almas, que la enseñanza elemental.

¡Paciencia, pues, simpáticos maestros! Seguid bostezando y enseñando... los codos o algo más feo; día vendrá en que don Antolín pida limosna para vosotros; mientras tanto, pedidla por vuestra cuenta y de puera en puerta, ya que el Estado os obliga a ello; y si os repugna esto, haceos curas o bandidos; son las únicas profesiones que dan con qué comer; no maldigáis a los que os postergan por proteger al clero. También deberíamos maldicirnos nosotros y no lo hacemos. Ese aumento de sueldo concedido a los curas rurales, nos ha privado de un espectáculo nuevo; de una huelga mística, con todo el aparato que estos actos requieren; ¿no hay conflicto como creímos? Pues nos retiramos por el foro y esperaremos tranquilamente que un día u otro se tire a la calle el proletariado del hisopo; y llegará este día ¡vaya si llegará! No siempre van a tener los curas quien defiendan sus intereses en el Congreso y en el Senado.

Lo que sí entendemos, que en los tiempos contemporáneos al radiograma y al aeroplano, hay humanos que se expresan peor que la burra de cualquier baturo y que la de Balaam. Aunque a decir verdad, pocos son los que hablan el lenguaje de los humanos, la mayoría de los hablantes condeñados caen sobre los pavimentos, esos

aires, impregnados con los derechos de ciudadanía, nos inspirarán para sacar a la vindicta pública las felonías de las prisiones: el imperio de las rondas de cabos, con sus tercos y sanguinarios procedimientos; las incontables acciones ruines y canalescas, convirtiéndose las prisiones en mazmorras del Santo Oficio, pues si el polo y las cuñas fueran naban en ellas, en éstas se enseñorean con sus creencias, leyes y lenguaje, sean las únicas profesadas, observadas o como queráis llamar al acto de mandar a la divinidad a escardar cebollinos.

Hágase el milagro, aun que lo haga el diablo, habrán dicho para sus adentros los venerables pastores; y el diablo en esta ocasión ha estado representado en el Parlamento, por unos cuantos diputados de los que huelen a incienso y cera; y en el Senado, por el arzobispo de Tarragona que es uno de los diablos más milagrosos que se conocen. Gracias a su potencialidad taumaturgíca, los curas rurales no habrán de esperar el maná divino, ni alterarán la seriedad de los sagrados oficios con bostezos producidos por el hambre. Esa mil picardías que como suerdo mínimo cobrará los partiquines de la farándula clerical, caerán como lluvia en campo agostado en la viña del Señor, reverdecido por los pámpanos secos y dando nueva savia a los troncos moribundos; y este maravilloso prodigio, lo habrán realizado hombres; unos hombres paradójicos que fien de la virgen, y corren como galgos cuando peligra el cocido.

No obstante, de esa lluvia de pesetas que caerá sobre las poblaciones rurales, no tocará ni una sola gota a los heraldos de la niñez y de la miseria española; a los pobres maestros de escuela; a esos desgraciados que, a fuerza de enseñar a los otros, aprenden a no comer; una de las asignaturas impuestas por el Estado a los que se dedican a desanar a la juventud; pero los maestros no tienen divindades a quien invocar ni representantes del diablo al sueldo; antes al contrario, el propio don Antolín, defensor del cocido de los curas, dijo en el Senado, que la asignación de un céntimo rural debe ser mayor que la de un maestro, porque éste dispone de otros elementos extraordinarios; y aun añadió dicho señor que en otra ocasión pidió limosna para los veterinarios como hoy la ha pedido para los *paters*; otro día—dijo don Antolín—, la pedirémos para los maestros; por las trazas, tienen más importancia para el arzobispo de Tarragona la cura de animales y la salvación de almas, que la enseñanza elemental.

¡Paciencia, pues, simpáticos maestros! Seguid bostezando y enseñando... los codos o algo más feo; día vendrá en que don Antolín pida limosna para vosotros; mientras tanto, pedidla por vuestra cuenta y de puera en puerta, ya que el Estado os obliga a ello; y si os repugna esto, haceos curas o bandidos; son las únicas profesiones que dan con qué comer; no maldigáis a los que os postergan por proteger al clero. También deberíamos maldicirnos nosotros y no lo hacemos. Ese aumento de sueldo concedido a los curas rurales, nos ha privado de un espectáculo nuevo; de una huelga mística, con todo el aparato que estos actos requieren; ¿no hay conflicto como creímos? Pues nos retiramos por el foro y esperaremos tranquilamente que un día u otro se tire a la calle el proletariado del hisopo; y llegará este día ¡vaya si llegará! No siempre van a tener los curas quien defiendan sus intereses en el Congreso y en el Senado.

Lo que sí entendemos, que en los tiempos contemporáneos al radiograma y al aeroplano, hay humanos que se expresan peor que la burra de cualquier baturo y que la de Balaam. Aunque a decir verdad, pocos son los que hablan el lenguaje de los humanos, la mayoría de los hablantes condeñados caen sobre los pavimentos, esos

aires, impregnados con los derechos de ciudadanía, nos inspirarán para sacar a la vindicta pública las felonías de las prisiones: el imperio de las rondas de cabos, con sus tercos y sanguinarios procedimientos; las incontables acciones ruines y canalescas, convirtiéndose las prisiones en mazmorras del Santo Oficio, pues si el polo y las cuñas fueran naban en ellas, en éstas se enseñorean con sus creencias, leyes y lenguaje, sean las únicas profesadas, observadas o como queráis llamar al acto de mandar a la divinidad a escardar cebollinos.

Hágase el milagro, aun que lo haga el diablo, habrán dicho para sus adentros los venerables pastores; y el diablo en esta ocasión ha estado representado en el Parlamento, por unos cuantos diputados de los que huelen a incienso y cera; y en el Senado, por el arzobispo de Tarragona que es uno de los diablos más milagrosos que se conocen. Gracias a su potencialidad taumaturgíca, los curas rurales no habrán de esperar el maná divino, ni alterarán la seriedad de los sagrados oficios con bostezos producidos por el hambre. Esa mil picardías que como suerdo mínimo cobrará los partiquines de la farándula clerical, caerán como lluvia en campo agostado en la viña del Señor, reverdecido por los pámpanos secos y dando nueva savia a los troncos moribundos; y este maravilloso prodigio, lo habrán realizado hombres; unos hombres paradójicos que fien de la virgen, y corren como galgos cuando peligra el cocido.

No obstante, de esa lluvia de pesetas que caerá sobre las poblaciones rurales, no tocará ni una sola gota a los heraldos de la niñez y de la miseria española; a los pobres maestros de escuela; a esos desgraciados que, a fuerza de enseñar a los otros, aprenden a no comer; una de las asignaturas impuestas por el Estado a los que se dedican a desanar a la juventud; pero los maestros no tienen divindades a quien invocar ni representantes del diablo al sueldo; antes al contrario, el propio don Antolín, defensor del cocido de los curas, dijo en el Senado, que la asignación de un céntimo rural debe ser mayor que la de un maestro, porque éste dispone de otros elementos extraordinarios; y aun añadió dicho señor que en otra ocasión pidió limosna para los veterinarios como hoy la ha pedido para los *paters*; otro día—dijo don Antolín—, la pedirémos para los maestros; por las trazas, tienen más importancia para el arzobispo de Tarragona la cura de animales y la salvación de almas, que la enseñanza elemental.

¡Paciencia, pues, simpáticos maestros! Seguid bostezando y enseñando... los codos o algo más feo; día vendrá en que don Antolín pida limosna para vosotros; mientras tanto, pedidla por vuestra cuenta y de puera en puerta, ya que el Estado os obliga a ello; y si os repugna esto, haceos curas o bandidos; son las únicas profesiones que dan con qué comer; no maldigáis a los que os postergan por proteger al clero. También deberíamos maldicirnos nosotros y no lo hacemos. Ese aumento de sueldo concedido a los curas rurales, nos ha privado de un espectáculo nuevo; de una huelga mística, con todo el aparato que estos actos requieren; ¿no hay conflicto como creímos? Pues nos retiramos por el foro y esperaremos tranquilamente que un día u otro se tire a la calle el proletariado del hisopo; y llegará este día ¡vaya si llegará! No siempre van a tener los curas quien defiendan sus intereses en el Congreso y en el Senado.

Lo que sí entendemos, que en los tiempos contemporáneos al radiograma y al aeroplano, hay humanos que se expresan peor que la burra de cualquier baturo y que la de Balaam. Aunque a decir verdad, pocos son los que hablan el lenguaje de los humanos, la mayoría de los hablantes condeñados caen sobre los pavimentos, esos

aires, impregnados con los derechos de ciudadanía, nos inspirarán para sacar a la vindicta pública las felonías de las prisiones: el imperio de las rondas de cabos, con sus tercos y sanguinarios procedimientos; las incontables acciones ruines y canalescas, convirtiéndose las prisiones en mazmorras del Santo Oficio, pues si el polo y las cuñas fueran naban en ellas, en éstas se enseñorean con sus creencias, leyes y lenguaje, sean las únicas profesadas, observadas o como queráis llamar al acto de mandar a la divinidad a escardar cebollinos.

Hágase el milagro, aun que lo haga el diablo, habrán dicho para sus adentros los venerables pastores; y el diablo en esta ocasión ha estado representado en el Parlamento, por unos cuantos diputados de los que huelen a incienso y cera; y en el Senado, por el arzobispo de Tarragona que es uno de los diablos más milagrosos que se conocen. Gracias a su potencialidad taumaturgíca, los curas rurales no habrán de esperar el maná divino, ni alterarán la seriedad de los sagrados oficios con bostezos producidos por el hambre. Esa mil picardías que como suerdo mínimo cobrará los partiquines de la farándula clerical, caerán como lluvia en campo agostado en la viña del Señor, reverdecido por los pámpanos secos y dando nueva savia a los troncos moribundos; y este maravilloso prodigio, lo habrán realizado hombres; unos hombres paradójicos que fien de la virgen, y corren como galgos cuando peligra el cocido.

No obstante, de esa lluvia de pesetas que caerá sobre las poblaciones rurales, no tocará ni una sola gota a los heraldos de la niñez y de la miseria española; a los pobres maestros de escuela; a esos desgraciados que, a fuerza de enseñar a los otros, aprenden a no comer; una de las asignaturas impuestas por el Estado a los que se dedican a desanar a la juventud; pero los maestros no tienen divindades a quien invocar ni representantes del diablo al sueldo; antes al contrario, el propio don Antolín, defensor del cocido de los curas, dijo en el Senado, que la asignación de un céntimo rural debe ser mayor que la de un maestro, porque éste dispone de otros elementos extraordinarios; y aun añadió dicho señor que en otra ocasión pidió limosna para los veterinarios como hoy la ha pedido para los *paters*; otro día—dijo don Antolín—, la pedirémos para los maestros; por las trazas, tienen más importancia para el arzobispo de Tarragona la cura de animales y la salvación de almas, que la enseñanza elemental.

¡Paciencia, pues, simpáticos maestros! Seguid bostezando y enseñando... los codos o algo más feo; día vendrá en que don Antolín pida limosna para vosotros; mientras tanto, pedidla por vuestra cuenta y de puera en puerta, ya que el Estado os obliga a ello; y si os repugna esto, haceos curas o bandidos; son las únicas profesiones que dan con qué comer; no maldigáis a los que os postergan por proteger al clero. También deberíamos maldicirnos nosotros y no lo hacemos. Ese aumento de sueldo concedido a los curas rurales, nos ha privado de un espectáculo nuevo; de una huelga mística, con todo el aparato que estos actos requieren; ¿no hay conflicto como creímos? Pues nos retiramos por el foro y esperaremos tranquilamente que un día u otro se tire a la calle el proletariado del hisopo; y llegará este día ¡vaya si llegará! No siempre van a tener los curas quien defiendan sus intereses en el Congreso y en el Senado.

Lo que sí entendemos, que en los tiempos contemporáneos al radiograma y al aeroplano, hay humanos que se expresan peor que la burra de cualquier baturo y que la de Balaam. Aunque a decir verdad, pocos son los que hablan el lenguaje de los humanos, la mayoría de los hablantes condeñados caen sobre los pavimentos, esos

aires, impregnados con los derechos de ciudadanía, nos inspirarán para sacar a la vindicta pública las felonías de las prisiones: el imperio de las rondas de cabos, con sus tercos y sanguinarios procedimientos; las incontables acciones ruines y canalescas, convirtiéndose las prisiones en mazmorras del Santo Oficio, pues si el polo y las cuñas fueran naban en ellas, en éstas se enseñorean con sus creencias, leyes y lenguaje, sean las únicas profesadas, observadas o como queráis llamar al acto de mandar a la divinidad a escardar cebollinos.

Hágase el milagro, aun que lo haga el diablo, habrán dicho para sus adentros los venerables pastores; y el diablo en esta ocasión ha estado representado en el Parlamento, por unos cuantos diputados de los que huelen a incienso y cera; y en el Senado, por el arzobispo de Tarragona que es uno de los diablos más milagrosos que se conocen. Gracias a su potencialidad taumaturgíca, los curas rurales no habrán de esperar el maná divino, ni alterarán la seriedad de los sagrados oficios con bostezos producidos por el hambre. Esa mil picardías que como suerdo mínimo cobrará los partiquines de la farándula clerical, caerán como lluvia en campo agostado en la viña del Señor, reverdecido por los pámpanos secos y dando nueva savia a los troncos moribundos; y este maravilloso prodigio, lo habrán realizado hombres; unos hombres paradójicos que fien de la virgen, y corren como galgos cuando peligra el cocido.

No obstante, de esa lluvia de pesetas que caerá sobre las poblaciones rurales, no tocará ni una sola gota a los heraldos de la niñez y de la miseria española; a los pobres maestros de escuela; a esos desgraciados que, a fuerza de enseñar a los otros, aprenden a no comer; una de las asignaturas impuestas por el Estado a los que se dedican a desanar a la juventud; pero los maestros no tienen divindades a quien invocar ni representantes del diablo al sueldo; antes al contrario, el propio don Antolín, defensor del cocido de los curas, dijo en el Senado, que la asignación de un céntimo rural debe ser mayor que la de un maestro, porque éste dispone de otros elementos extraordinarios; y aun añadió dicho señor que en otra ocasión pidió limosna para los veterinarios como hoy la ha pedido para los *paters*; otro día—dijo don Antolín—, la pedirémos para los maestros; por las trazas, tienen más importancia para el arzobispo de Tarragona la cura de animales y la salvación de almas, que la enseñanza elemental.

¡Paciencia, pues, simpáticos maestros! Seguid bostezando y enseñando... los codos o algo más feo; día vendrá en que don Antolín pida limosna para vosotros; mientras tanto, pedidla por vuestra cuenta y de puera en puerta, ya que el Estado os obliga a ello; y si os repugna esto, haceos curas o bandidos; son las únicas profesiones que dan con qué comer; no maldigáis a los que os postergan por proteger al clero. También deberíamos maldicirnos nosotros y no lo hacemos. Ese aumento de sueldo concedido a los curas rurales, nos ha privado de un espectáculo nuevo; de una huelga mística, con todo el aparato que estos actos requieren; ¿no hay conflicto como creímos? Pues nos retiramos por el foro y esperaremos tranquilamente que un día u otro se tire a la calle el proletariado del hisopo; y llegará este día ¡vaya si llegará! No siempre van a tener los curas quien defiendan sus intereses en el Congreso y en el Senado.

Lo que sí entendemos, que en los tiempos contemporáneos al radiograma y al aeroplano, hay humanos que se expresan peor que la burra de cualquier baturo y que la de Balaam. Aunque a decir verdad, pocos son los que hablan el lenguaje de los humanos, la mayoría de los hablantes condeñados caen sobre los pavimentos, esos

aires, impregnados con los derechos de ciudadanía, nos inspirarán para sacar a la vindicta pública las felonías de las prisiones: el imperio de las rondas de cabos, con sus tercos y sanguinarios procedimientos; las incontables acciones ruines y canalescas, convirtiéndose las prisiones en mazmorras del Santo Oficio, pues si el polo y las cuñas fueran naban en ellas, en éstas se enseñorean con sus creencias, leyes y lenguaje, sean las únicas profesadas, observadas o como queráis llamar al acto de mandar a la divinidad a escardar cebollinos.

Hágase el milagro, aun que lo haga el diablo, habrán dicho para sus adentros los venerables pastores; y el diablo en esta ocasión ha estado representado en el Parlamento, por unos cuantos diputados de los que huelen a incienso y cera; y en el Senado, por el arzobispo de Tarragona que es uno de los diablos más milagrosos que se conocen. Gracias a su potencialidad taumaturgíca, los curas rurales no habrán de esperar el maná divino, ni alterarán la seriedad de los sagrados oficios con bostezos producidos por el hambre. Esa mil picardías que como suerdo mínimo cobrará los partiquines de la farándula clerical, caerán como lluvia en campo agostado en la viña del Señor, reverdecido por los pámpanos secos y dando nueva savia a los troncos moribundos; y este maravilloso prodigio, lo habrán realizado hombres; unos hombres paradójicos que fien de la virgen, y corren como galgos cuando peligra el cocido.

No obstante, de esa lluvia de pesetas que caerá sobre las poblaciones rurales, no tocará ni una sola gota a los heraldos de la niñez y de la miseria española; a los pobres maestros de escuela; a esos desgraciados que, a fuerza de enseñar a los otros, aprenden a no comer; una de las asignaturas impuestas por el Estado a los que se dedican a desanar a la juventud; pero los maestros no tienen divindades a quien invocar ni representantes del diablo al sueldo; antes al contrario, el propio don Antolín, defensor del cocido de los curas, dijo en el Senado, que la asignación de un céntimo rural debe ser mayor que la de un maestro, porque éste dispone de otros elementos extraordinarios; y aun añadió dicho señor que en otra ocasión pidió limosna para los veterinarios como hoy la ha pedido para los *paters*; otro día—dijo don Antolín—, la pedirémos para los maestros; por las trazas, tienen más importancia para el arzobispo de Tarragona la cura de animales y la salvación de almas, que la enseñanza elemental.

¡Paciencia, pues, simpáticos maestros! Seguid bostezando y enseñando... los codos o algo más feo; día vendrá en que don Antolín pida limosna para vosotros; mientras tanto, pedidla por vuestra cuenta y de puera en puerta, ya que el Estado os obliga a ello; y si os repugna esto, haceos curas o bandidos; son las únicas profesiones que dan con qué comer; no maldigáis a los que os postergan por proteger al clero. También deberíamos maldicirnos nosotros y no lo hacemos. Ese aumento de sueldo concedido a los curas rurales, nos ha privado de un espectáculo nuevo; de una huelga mística, con todo el aparato que estos actos requieren; ¿no hay conflicto como creímos? Pues nos retiramos por el foro y esperaremos tranquilamente que un día u otro se tire a la calle el proletariado del hisopo; y llegará este día ¡vaya si llegará! No siempre van a tener los curas quien defiendan sus intereses en el Congreso y en el Senado.

Lo que sí entendemos, que en los tiempos contemporáneos al radiograma y al aeroplano, hay humanos que se expresan peor que la burra de cualquier baturo y que la de Balaam. Aunque a decir verdad, pocos son los que hablan el lenguaje de los humanos, la mayoría de los hablantes condeñados caen sobre los pavimentos, esos

aires, impregnados con los derechos de ciudadanía, nos inspirarán para sacar a la vindicta pública las felonías de las prisiones: el imperio de las rondas de cabos, con sus tercos y sanguinarios procedimientos; las incontables acciones ruines y canalescas, convirtiéndose las prisiones en mazmorras del Santo Oficio, pues si el polo y las cuñas fueran naban en ellas, en éstas se enseñorean con sus creencias, leyes y lenguaje, sean las únicas profesadas, observadas o como queráis llamar al acto de mandar a la divinidad a escardar cebollinos.

Hágase el milagro, aun que lo haga el diablo, habrán dicho para sus adentros los venerables pastores; y el diablo en esta ocasión ha estado representado en el Parlamento, por unos cuantos diputados de los que huelen a incienso y cera; y en el Senado, por el arzobispo de Tarragona que es uno de los diablos más milagrosos que se conocen. Gracias a su potencialidad taumaturgíca, los curas rurales no habrán de esperar el maná divino, ni alterarán la seriedad de los sagrados oficios con bostezos producidos por el hambre. Esa mil picardías que como suerdo mínimo cobrará los partiquines de la farándula clerical, caerán como lluvia en campo agostado en la viña del Señor, reverdecido por los pámpanos secos y dando nueva savia a los troncos moribundos; y este maravilloso prodigio, lo habrán realizado hombres; unos hombres paradójicos que fien de la virgen, y corren como galgos cuando peligra el cocido.

No obstante, de esa lluvia de pesetas que caerá sobre las poblaciones rurales, no tocará ni una sola gota a los heraldos de la niñez y de la miseria española; a los pobres maestros de escuela; a esos desgraciados que, a fuerza de enseñar a los otros, aprenden a no comer; una de las asignaturas impuestas por el Estado a los que se dedican a desanar a la juventud; pero los maestros no tienen divindades a quien invocar ni representantes del diablo al sueldo; antes al contrario, el propio don Antolín, defensor del cocido de los curas, dijo en el Senado, que la asignación de un céntimo rural debe ser mayor que la de un maestro, porque éste dispone de otros elementos extraordinarios; y aun añadió dicho señor que en otra ocasión pidió limosna para los veterinarios como hoy la ha pedido para los *paters*; otro